

Pierre Cahuc / André Zylberberg

EL NEGACIONISMO ECONÓMICO

UN MANIFIESTO CONTRA LOS ECONOMISTAS
SECUESTRADOS POR SU IDEOLOGÍA

$2+2=5$

*El libro sobre economía
más polémico de los últimos años*

DEUSTO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Introducción

Capítulo 1. Los falsos científicos

Lysenko o el triunfo de la ciencia «proletaria»

Aragon, Sartre y demás...

¿Hay que cambiar de barrio para ir bien en la escuela?

¿Qué hay que hacer por los niños de ambientes desfavorecidos?

¿Favorece el salario mínimo el empleo?

Lo que hacen realmente los economistas

Capítulo 2. Empresarios que arruinan Francia

Grandes empresarios a los que no les gusta la competencia

¿Para qué sirve la política industrial?

Las fábulas de la industria

Capítulo 3. Mis queridas finanzas

La revolución «liberal» de Pierre Bérégovoy
Las finanzas: ¿casino o factor de crecimiento?
Desregulaciones peligrosas
Finanzas y crecimiento: ¿verdadera relación o «falsa evidencia»?
¿Hay que gravar a los especuladores?
El lado oscuro de la fuerza

Capítulo 4. ¿De verdad pagamos muchos impuestos?
Cuando Islandia suprime el impuesto sobre la renta
¿Por qué cambian de club los futbolistas?
¿Por qué los altos cargos de empresas cambian (a veces) de país?
La fuga ante los impuestos...
Una receta escandinava

Capítulo 5. Las recetas de Keynes: funcionan, ¡pero no siempre!
Gasto público y crecimiento: el cuento del huevo y la gallina
El gasto militar y la mafia
Los fallos de la política keynesiana
La importancia del acceso al crédito y de las tasas de interés
¿Cuándo hay que administrar los remedios keynesianos?

Capítulo 6. Malthus y la angustia de la escasez
La lógica de la escasez
Limitar la inmigración no reduce el paro
Reducir la jornada laboral no crea empleo
La reducción de la jornada laboral: una eficacia puramente política
¡Los mayores que se jubilen, el trabajo para los jóvenes!
El fin del trabajo

Capítulo 7. Cómo librarnos del negacionismo económico

Luces y sombras de la producción científica

Sembrar la duda y criticar el «pensamiento único»

Promover sociedades científicas «alternativas»

Denunciar intereses mercantiles o ideológicos

Condenar la ciencia porque no lo explica todo

Por qué a los medios de comunicación no les interesa dar preferencia al conocimiento científico

Instrucciones para combatir el negacionismo económico

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La economía ha mejorado tanto en las últimas tres décadas que para los autores del libro ha alcanzado el mismo estatus científico que las ciencias exactas. Esta revolución poco conocida genera unos conocimientos que chocan frontalmente con aquellas personas que se guían más por llevar por sus sentimientos, por su ideología o por sus intuiciones, en vez de ajustarse a lo científico y a las verdades establecidas. Soluciones mágicas como la bajada de impuestos, el aumento del gasto público, el control migratorio, la semana de 32 horas, la reindustrialización del territorio o incluso la tasa a las transacciones financieras son supuestamente la cura de todos nuestros males sin coste alguno.

Estas falsas verdades tan frecuentemente repetidas por los medios de comunicación tienen un nombre: el negacionismo económico. El objeto de esta obra no es otro que el de desenmascararlo.

El negacionismo económico

Un manifiesto contra
los economistas se-
cuestrados por su
ideología

**PIERRE CAHUC ANDRÉ ZYLBER-
BERG**

Traducido por Juan Manuel Salmerón



EDICIONES DEUSTO

Introducción

Fumar mata. Hoy día casi nadie lo duda. La Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula que, en el siglo *xx*, más de cien millones de personas han muerto a causa del tabaco. Sin embargo, durante mucho tiempo se hizo caso omiso del carácter nocivo del tabaco, por buenas razones pero también por razones muy malas.[1] En los años treinta, unos científicos alemanes demostraron que fumar provocaba cáncer de pulmón. Los nazis se apropiaron del descubrimiento y lanzaron campañas antibabaco teñidas de eugenesia. ¡Hitler tenía prohibido fumar en su presencia! El descubrimiento, desacreditado porque los nazis lo utilizaron, cayó en el olvido. No fue hasta 1953 cuando *The New York Times*, en un artículo titulado «El cáncer del cartón de tabaco», informó de un experimento que demostraba que el alquitrán de los cigarrillos causaba un cáncer mortal en ratones.[2] La floreciente industria del tabaco, preocupada por la repercusión mediática que esta revelación podía tener, temió por sus ventas y elaboró un plan de comunicación cuya lógica se explicaba en una nota interna así: «Tenemos que sembrar la duda porque la duda es el mejor medio de rivalizar con la serie de hechos que hay presentes en la conciencia del público. Desde el punto de vista de éste, hay consenso en que el tabaco, de algún modo, perjudica la salud... La duda también es el límite de nuestro producto.

Por desgracia, no podemos adoptar una postura que se oponga directamente a las fuerzas antitabaco y decir que fumar es bueno. No disponemos de información que sustente esta afirmación». En otras palabras: A partir de los años cincuenta la industria del tabaco sabía que fabricaba veneno, pero, para poder seguir vendiéndolo, decidió fabricar otro producto no menos peligroso: la duda de hechos establecidos.

Este negacionismo[3] fue muy eficaz. Para sembrar la duda, la industria del tabaco criticaba el «pensamiento dominante» que se expresaba en los artículos publicados en revistas científicas. Pero lo peculiar de estos artículos es que han pasado por el tamiz de los mejores especialistas del ramo. Este proceso es uno de los fundamentos del método científico. Es un proceso que descarta las contribuciones incoherentes o no suficientemente sustentadas en hechos. Daba igual: la industria del tabaco afirmaba que ese proceso no tenía otro objeto que el de acallar a la disidencia. ¡La industria del tabaco se erigía así en baluarte contra el «pensamiento único»! Afirmaba que los científicos que advertían de los peligros del tabaco conjuraban en realidad para hundir la economía estadounidense y coartar las libertades individuales. Estos científicos no eran otra cosa, según los industriales del tabaco, que agentes o cómplices del comunismo internacional. Los desacreditaban alegando que eran incapaces de explicar por qué personas que llevaban fumando desde su más tierna infancia llegaban a octogenarios, pasando deliberadamente por alto el hecho de que los estudios «sólo» señalaban el importante aumento del *riesgo* de que los fumadores desarrollasen enfermedades graves. Pagaban a expertos, creaban y financiaban centros de seudoinvestigación para que avalaran una seudociencia que sostuviera que el tabaco no era realmente nocivo. Para colmo de cinismo, arremetieron también contra la

OMS movilizando a pequeños productores de tabaco de países en vías de desarrollo para reforzar la imagen de industria ética y responsable.

En los años noventa, 46 estados estadounidenses interpusieron demandas por estas conductas. La industria del tabaco aceptó pagar más de 240.000 millones de dólares en indemnizaciones para poner fin a esas demandas. Siguió muchas más demandas y condenas. Y entretanto, el negacionismo científico profusamente difundido por la industria del tabaco ha causado millones de muertos.

Emplear el término «negacionismo» para definir las conductas de los industriales del tabaco puede parecer exagerado, incluso inapropiado. No lo es. Esta palabra remite a la negación del genocidio que los nazis perpetraron contra los judíos en la segunda guerra mundial. También se ha usado para referirse a la negación del genocidio armenio cometido por las autoridades otomanas en la primera guerra mundial. Tanto en un caso como en otro, se niegan unos hechos y unos conocimientos que los historiadores han documentado sobradamente. Cuando esta negación afecta a un campo del saber en el que el conocimiento se asienta sobre bases científicas, como es el de la medicina en el caso de los peligros del tabaco, hablar de «negacionismo científico» es perfectamente apropiado.

Los negacionistas del conocimiento científico obedecen a motivaciones diversas. Pueden dejarse seducir por dádivas de grupos de presión poderosos, actuar por influencia ideológica o por fe, buscar notoriedad mediática o simplemente querer desmarcarse. Los ejemplos abundan. Hay creacionistas que, como Sarah Palin, candidata a la vicepresidencia de Estados Unidos en 2008, afirman que los dinosaurios convivieron con los seres humanos en nuestro planeta hace cuatro mil años, pese a las muchas pruebas que existen de que desaparecieron hace sesenta y cinco millo-

nes de años. El expresidente sudafricano Thabo Mbeki impidió que miles de personas seropositivas recibieran tratamiento antirretroviral alegando que no había ninguna relación entre el virus de la inmunodeficiencia adquirida y la enfermedad del sida. Decía que todo era un complot de las grandes farmacéuticas occidentales para vender sus presuntos tratamientos y recomendaba curarse con plantas, ajo y limón. Se calcula que este negacionismo médico fue responsable de la muerte de 365.000 personas entre los años 2000 y 2005.[4] Y, claro está, no podemos olvidarnos de los escépticos climáticos que, frente al consenso que existe entre los climatólogos de todo mundo que forman el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés), siembran la duda sobre que la actividad humana sea responsable del calentamiento del planeta. Claude Allègre, exministro de Educación de Lionel Jospin, es uno de los escépticos climáticos más destacados. Un día, en un arrebato de cólera, Cécile Duflot, entonces secretaria nacional del partido ecologista Les Verts, lo llamó «negacionista climático».[5] Luego retiró sus palabras por miedo a que hubieran parecido ofensivas. No tendría que haberse retractado: los escépticos del clima son, en efecto, negacionistas climáticos.

En realidad, el negacionismo afecta a todas las disciplinas: la historia, la biología, la medicina, la física, la climatología... Ningún campo se libra de él. Tampoco el económico. La economía es incluso la disciplina que se enfrenta al negacionismo más virulento. Y no sorprende: en economía, las apuestas financieras son más importantes que en ningún otro ámbito, y los medios de comunicación hablan constantemente de la actualidad económica. El negacionismo económico, por tanto, puede salir muy a cuenta. Pero sus consecuencias son devastadoras. A escala planetaria, unas políticas fundadas en ideas falsas se traducen en millones

de desempleados, otros tantos muertos y el empobrecimiento de cientos de millones de personas. No sólo las mentiras sobre los efectos del tabaco hacen estragos. El negacionismo económico es una plaga y hay que combatirlo.

Ahora bien, ¿podemos hablar realmente de negacionismo en el caso de la economía? Para la gente en general, para un gran número de intelectuales y periodistas e incluso para algunos economistas «disidentes» o «heterodoxos», la economía no es una disciplina «científica» como lo son la física, la biología, la medicina o la climatología. Según éstos, el análisis económico se reduce a una serie de sofismas teóricos casi siempre presentados con una falsa apariencia matemática y que no guardan relación con la realidad.

Este parecer es erróneo. Al contrario de lo que afirma una opinión muy extendida, no es el objeto de estudio lo que nos permite saber si una disciplina es científica o no.^[6] No porque la Astronomía estudie el movimiento de los planetas y la Economía el devenir de los humanos es la primera científica y la segunda no. Lo que importa no es el objeto de análisis, sino el *método* que se emplea para validar los resultados, que es lo que diferencia el saber científico de las demás formas de conocimiento. En este sentido, el análisis económico es desde hace tiempo una «ciencia» como las demás. Sus métodos de validación, esto es, su manera de aceptar o de rechazar una conclusión, son semejantes a los de las demás disciplinas científicas. Pero además, desde hace más de tres décadas, y gracias al manejo de inmensas bases de datos, a la multiplicación de la capacidad de tratamiento de la información y a una renovación metodológica profunda, la Economía se ha convertido en una ciencia *experimental* en el sentido pleno de la palabra.

Como toda disciplina de este tipo, el análisis económico contemporáneo trata de poner de manifiesto *relaciones de*

causa y efecto. Ya no le basta con confrontar puntos de vista ayudándose de cifras más o menos pertinentes (versión *soft*) ni con hacer simulaciones basadas en modelos matemáticos más o menos sofisticados (versión *hard*). Al igual que la investigación médica, la Economía se aplica a elaborar *protocolos experimentales* que nos permitan conocer las causas de los fenómenos que observamos. Para conocer la eficacia de una vacuna o de un medicamento, la investigación médica compara los efectos que produce en un «grupo experimental» al que se le ha administrado ese medicamento, con los efectos que se observan en otro «grupo de control» al que no se ha sometido a ningún tratamiento (o al que se ha sometido a un tratamiento de placebos). Éste es el protocolo experimental estándar para averiguar si existe una relación de causalidad entre una intervención médica y los efectos que observamos.

Hoy, el análisis económico procede de la *misma* manera. Para saber si la desregulación financiera favorece el crecimiento, si los costes del trabajo afectan al empleo, si la inmigración produce paro, si el gasto público estimula la actividad o si subir los impuestos la contrae, y más generalmente en cualquier cuestión en la que busquemos una relación de causa y efecto, el análisis económico compara grupos experimentales en los que esas medidas se han aplicado, con grupos de control en los que no se han aplicado. Repitémoslo: la Economía se ha convertido en una ciencia *experimental* en el sentido pleno de la palabra.

Esta revolución experimental, muy poco conocida, ha producido conocimientos sobre una gran cantidad de asuntos. Estos conocimientos chocan a menudo frontalmente con creencias o intereses de partidos políticos, pero también de sindicalistas, de patronos, de autoridades religiosas, de asociaciones profesionales, de intelectuales, de académicos... Y muchos de ellos, como hacían los industriales

del tabaco, han reaccionado desarrollando una retórica negacionista y propagando la duda sobre conocimientos bien asentados para intentar reemplazarlos por imposturas oscurantistas.

Como toda retórica, la de los negacionistas descansa en tres pilares:

El primero, el *ethos*, o, dicho de otra manera, la condición del que habla. Debe ser competente y mostrar valores morales irreprochables. Es el defensor del bien común, de los débiles y de los oprimidos, aunque los argumentos «científicos» no le den la razón. Dos figuras destacan: el intelectual comprometido, bienintencionado, magnánimo, desinteresado, aunque mediatizado, y el gran empresario que conoce la realidad económica y crea riqueza y empleo. La primera parte de este libro muestra cómo estas dos figuras utilizan su autoridad «moral» para desacreditar el conocimiento científico más asentado. Muchos intelectuales comprometidos, como Pierre Bourdieu ayer o Michel Onfray hoy, tienen una idea falsa del análisis económico. Se niegan a interesarse por él de verdad, convencidos de que no sirve más que a las clases dominantes. Dicen defender a los débiles y a los dominados, pero se oponen a las medidas que podrían mejorar las condiciones de éstos.

El gran empresario, la otra gran figura del *ethos*, dice que crea riqueza y empleo, pero también puede oponerse a cualquier medida que amenace con reducir sus beneficios, muchas veces a costa del consumidor y del empleo, utilizando la retórica negacionista. Los grandes empresarios, sobre todo del sector industrial, saben «demostrar» a las autoridades públicas los méritos de una política industrial cuyo estrategia es el Estado y cuyos beneficiarios... son ellos. Se protegen por todos los medios de la competencia. Defienden sus intereses en detrimento del crecimiento y del empleo.